

Pemón Bouzas

EL INFORME MANILA

mr · ediciones

EL ESPÍA DEL REY

Caía la tarde. La habitación se encontraba en penumbra. Las grandes y gruesas cortinas a duras penas dejaban filtrar la luz. El ambiente estaba enrarecido por un olor hediondo. En una esquina de la estancia, dos personajes cuchicheaban sin que trascendiera nada de lo que se decían. Eran Juan Gómez de Sanabria y Cristóbal Pérez de Hera, médicos de profesión. Habían pasado buena parte de la noche y toda la mañana poniendo en práctica sus conocimientos científicos para intentar conseguir que su paciente se sintiera aliviado de los intensos dolores que sufría, buscando, al mismo tiempo, nuevas variantes en los remedios que le aplicaban para cambiar el curso de una ya larga y penosa enfermedad. El agotamiento por una prolongada vigilia hacía mella en sus caras, pero no podían relajarse, en cualquier momento el dolor podría aparecer de nuevo interrumpiendo, una vez más, el descanso de su majestad, obligándoles a la aplicación de más ungüentos sobre aquellas piernas desfiguradas por las llagas y las heridas purulentas, debidas a la continuada postración provocada por la enfermedad más

característica de la época entre los hombres ricos y poderosos, la gota.

Felipe II abrió los ojos. Los corazones de Gómez de Sanabria y Pérez de Hera se aceleraron y sus bocas enmudecieron. Buscaron, en un instante, la mirada del hombre más poderoso de la tierra que yacía ante ellos, extenuado, en un lecho de dolor. Durante horas, las fuertes mandíbulas del rey habían permanecido firmemente apretadas una contra otra, en un intento inútil de aplacar el dolor que sufría y de evitar que éste se hiciera notorio ante los oídos y las miradas de médicos y sirvientes. Pero no había descansado en la última hora, sucedió que el agotamiento pudo con el dolor. Ahora, su real mirada era más serena. La crisis había pasado.

–Llamad a mi confesor –ordenó. Su voz profunda y segura aún mantenía la dignidad real donde le correspondía, como si la visión de sus propias piernas, llenas de inmundicias y desnudas por no poder soportar ni siquiera el contacto de una sábana, no fuesen las suyas.

Jean L’Hermite, el ayudante de cámara de su majestad, como impulsado por un resorte transmitió la orden a un mozo para que localizara de inmediato al confesor del rey. Pocos minutos más tarde, los lanceros que custodiaban la estancia dejaban paso al sacerdote, que acudió apresurado hasta los pies de la cama en la que se encontraba el rey.

–Fray Diego –dijo el rey–, leedme las Sagradas Escrituras, me hará bien.

–Como gustéis, majestad –respondió.

Fray Diego de Yepes, confesor de Felipe II, abrió las Sagradas Escrituras por el Nuevo Testamento. Después de tanto sufrimiento, quería reconfortar al rey con una de sus lecturas predilectas, la Pasión según San Mateo, y se dispuso a leer.

Cuando salían, encontraron a un hombre de Cirene, llamado Simón, y le obligaron a llevar la cruz de Jesús. Al llegar al lugar llamado Gólgota, esto es, el lugar de la Calavera, dieron a Jesús vino mezclado con hiel para que lo bebiera...

El rey Felipe II estuvo atento a la lectura. Algo más que eso, parecía sufrir más con la pasión de Cristo que con la suya propia. Cuando sintió que las fuerzas le faltaban para seguir escuchando con atención, pidió a fray Diego que se acercara ya que quería confesarse.

El verano había sido muy caluroso en Madrid y aquel día de septiembre no era una excepción. El atardecer era bienvenido por si con él llegaba alguna ligera brisa que refrescara el ambiente. Sobre los imponentes muros del Alcázar, el sol dibujaba tonalidades ocre y doradas mientras los pendones y las banderas se desperezaban.

El bullicio y la agitación en las calles eran la nota dominante. Las mujeres apuraban, con los cántaros en brazos, hacia las fuentes más próximas para hacer acopio de agua fresca para la noche. Los niños corrían de un lado a otro de las calles en juegos interminables y sin desfallecer, cuando no tenían tomadas las fuentes, como si de baños públicos se tratara, para mitigar el calor. La calle Mayor, la plaza de la Encarnación, la de la Cebada, la de Santa Ana y la Puerta del Sol, así como sus respectivos alrededores, estaban repletas de vendedores ambulantes que promocionaban sus productos a viva voz. Los caballeros nobles deambulaban sobre hermosos corceles por los paseos y alamedas del Prado, intentando deslumbrar a damas de alta cuna o a poderosas cortesanas que, dentro de sus suntuosos carruajes, observaban el trajín con indolencia o, por el contrario, con evidente sonrojo.

A las ocho de la tarde, el rey pidió que se encendieran las luces de la estancia. Los tapices que colgaban de las paredes adquirieron vida con los reflejos de las centelleantes lámparas. Quería que todo estuviera dispuesto para la llegada de su privado, con quien debía despachar los asuntos del reino. Esa tarde se acumulaba el trabajo al haberse sentido indisputado toda la mañana. El rey Felipe II quería controlar, como había hecho durante cada día de su reinado, todos los acontecimientos de tan vasto imperio. Así, disponía de un reducido grupo de hombres a los que confiaba diferentes responsabilidades. De entre todos ellos, su brazo derecho, el hombre de máxima confianza en la junta de gobierno, era el portugués Cristóbal de Moura que, puntual a su cita, entraba en las habitaciones reales y saludaba al rey Felipe.

–Majestad –dijo De Moura, haciendo una reverencia cuando se encontraba a diez pasos del rey.

–Adelante, amigo De Moura –contestó el rey–. ¿Cómo está mi imperio? ¿Qué noticias me traéis?

–Majestad, ¿cómo os encontráis vos? –preguntó el ministro.

–Jesucristo Nuestro Señor sufrió mucho más en su calvario para redimirnos, querido De Moura –respondió el rey.

–Majestad –Cristóbal de Moura entró de lleno en los temas concernientes al imperio–, los Tercios están teniendo bastantes dificultades en la Picardía. Enrique IV está tomando posiciones ventajosas cerca de Amiens. ¿No sería bueno ir pensando en la paz con los franceses?

–Tal vez tengáis razón, pero no nos adelantemos a los acontecimientos. Los Tercios quizá tampoco fallen en este envite y entonces otras serán las condiciones.

—Le recuerdo con dolor y preocupación, majestad, que en todo el año pasado no han recibido la soldada a causa de la bancarrota, y que en este año ya se les adeudan casi seis meses. La tropa está recelosa y nuestros oficiales no encuentran con qué darles satisfacción.

—Sabe usted muy bien, Cristóbal de Moura, que nuestros problemas económicos son debidos a los inmorales e injustos intereses que nos cobran los banqueros prestamistas. Pronto llegará la flota de América y paliaremos la situación. Por cierto, ¿qué noticias tenemos de la Armada? ¿Está lista para atacar a los ingleses? No quiero otro fracaso.

Cristóbal de Moura temía apesadumbrar al rey pero, sobre todo, temía su cólera. Era consciente de que en los últimos meses se había suavizado su carácter, quizá como fruto del dolor, o simplemente a causa del natural agotamiento de un hombre septuagenario que había vivido sin descanso, con muchos frentes abiertos en los terrenos político, militar y personal.

—Los navíos están prestos a partir bajo el mando del capitán Martín de Padilla. De momento, el tiempo no es favorable y con la demora se pretenden evitar los contratiempos que nos llevaron al fracaso de hace un año.

—Nuestros aliados irlandeses nos apremian —dijo el rey— y no debemos desampararlos ante las garras de la colérica y codiciosa Isabel. Que los barcos salgan cuanto antes. ¿Algo más de importancia para hoy, De Moura?

—Nada que no pueda ser despachado mañana, majestad. Quizá debáis descansar. Sólo una cosa más... Acabamos de recibir este informe de «entregar en mano a su majestad el rey» de uno de vuestros embajadores especiales. Os lo dejo sobre la mesa y tal vez mañana podáis dedicarle algún tiempo.

—¿Quién lo envía?

—Debo romper el sello para saberlo, señor.

—Hacedlo ahora.

—Procede de Manila, majestad, y lo firma... el capitán Antonio García de Melo.

La mención de aquel nombre por parte del ministro causó una profunda impresión en Felipe II. El rey, con el informe ya en sus manos, estaba entusiasmado al tener noticias de uno de sus hombres favoritos en el espionaje imperial. Gozaba el rey de una magnífica memoria, tanto es así que, a pesar de su enfermedad que tanto le trastornaba y de su avanzada edad, presumía de recordar nombres y caras de personas que solamente habían estado ante su presencia en una única ocasión.

Recordaba perfectamente Felipe II que el capitán Antonio García de Melo había sido enviado por él mismo al virreinato del Perú, para que le diera cuenta de cómo se encontraba aquél y de que prestara atención especial en lo concerniente al viaje de exploración y redescubrimiento de las islas Salomón en el mar del Sur. El adelantado Álvaro de Mendaña, descubridor de aquellas islas en 1568, había sido encomendado en una nueva capitulación otorgada el 27 de abril de 1573, para un nuevo viaje que veinte años más tarde aún no se había realizado. El rey, en la década de los años noventa, había apremiado al virrey a que hiciera todo lo posible por incrementar los territorios de la corona, acercando a la verdadera fe católica los nuevos dominios que se derivasen de tales empresas. Y, sobre todo, que procurasen el mayor aporte posible de oro y plata para las mermadas arcas reales, tan necesitadas de ingresos con los que poder mantener los múltiples frentes abiertos. La defensa de la fe católica contra el calvinismo y el luteranismo en los países

del imperio, la permanente lucha contra el turco, las interminables guerras con Francia y la codicia y ambición de Isabel de Inglaterra que, con sus alianzas para segregar Portugal del reino de España, con sus apoyos a los Países Bajos en su lucha contra los Tercios españoles y con el incesante y efectivo apoyo a los corsarios para que atacaran a la flota de Indias y a las ciudades de ultramar, se había convertido en la enemiga a ultranza de la corona. Todo ello había dejado en la bancarrota, en varias ocasiones, la hacienda del monarca cristiano; era, por tanto, imprescindible que de los virreinos llegara más aporte de riquezas.

El rey tenía motivos para emocionarse al tener noticias de Antonio García de Melo. Tal vez ahí se encontrasen algunas respuestas a sus problemas financieros. Tal vez se abrieran nuevos horizontes para ese gran imperio, presente en todos los mares y continentes conocidos del planeta. Además, sentía una predilección por aquel hombre, aquel soldado que tan valerosamente había luchado en Flandes bajo las órdenes directas de Alejandro Farnesio y que había demostrado cualidades de negociador al intervenir en las luchas de la Liga católica contra los hugonotes calvinistas que pretendían, y al final consiguieron, colocar al rey de Navarra, Enrique de Borbón, como rey de Francia, a la postre Enrique IV.

El rey dejó a un lado el informe y abrió la carta de García de Melo.

Majestad:

Que no os sorprenda mi presencia en las islas que llevan vuestro nombre. El trabajo que me encomendasteis hace ya tres años, sumado a determinadas circunstancias a las que hago referencia en mi informe, me ha traído hasta Manila donde, a sabiendas de